

y el frente, introdujo el desorden en los contrarios. Por esta causa ó por lo avanzado del tiempo, D. Hernando mandó tocar la retirada. Protegido en la retaguardia por la caballería, el ejército tomó la calle afuera; paraban á hacer rostro los infantes, y los jinetes hacían frecuentes arremetidas que no bastaban á escarmentar la furia de los méxica, "que en ninguna manera los podíamos detener, ni "que nos dejasen de seguir." Apoderados otra vez de las azoteas disparaban sobre los que se retiraban sus dardos y saetas, y los escarneaban apellidándolos cobardes. Los castellanos quemaron á su paso "las más y mejores casas," y siempre defendiéndose como buenos salieron de la calle, tomaron la calzada y se retrajeron al fuerte de Xoloc. (1) No alcanzaron tanto vencimiento ni provecho, Sandoval y Alvarado en sus respectivos ataques por las calzadas de Tepayacac y de Tlacopa; "y nuestros amigos que estaban con ellos, "que eran infinitos, pelearon muy bien, y se retrajeron aquel día, "sin recibir ningun daño." (2)

El asalto á la ciudad no fué una gran victoria; atendido el resultado y las pérdidas: éstas no obstante, quedaron compensadas muy ampliamente. Al día siguiente del asalto, (3) llegó un socorro de aculhua en número de cincuenta mil, muy bien aderezados á su usanza, de los cuales treinta mil permanecieron en Xoloc, mientras cada diez mil fueron destinados á los reales de Sandoval y de Alvarado. (4) Al siguiente día ó sean dos despues del asalto, vinieron

(1) "Que es cabe el matadero, dice Sahagun, cap. XXXII, y cabe las casas de Alvarado, y los de los bergantines adonde tenían su real, que se llama Acachinanco." Hemos repetido que corresponde á la actual garita de San Antonio Abad.

(2) Cartas de Relac. pág. 247-51.—Bernal Díaz cap. CIII.—Sahagun lib. XII, cap. XXXII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVIII lib. I, cap. XVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCI.—Lo de que castellanos ni aliados no recibieran daño alguno, absolutamente es cierto, aunque Cortés lo diga: afirma lo contrario Bernal Díaz.

(3) Lunes diez de Junio?

(4) Cortés, Relac. pág. 251, afirma que este socorro lo mandó D. Hernando, el muchacho rey de Texcoco, al mando de su hermano Istzischil (Ixtlilxochitl) "que "es de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos."—El historiador Ixtlilxochitl, fundado en la relacion de D. Alonso Axayaca, en otra escrita en nahoa y firmada por los principales ancianos de Texcoco, en otras relaciones certificadas, en las pinturas, y en los informes de los guerreros que asistieron á la conquista, repugna las palabras de Cortés. (Relac. pág. 30 y sig.) Conforme á su dicho, D. Hernando Tecocoltzin era ya muerto; reinaba en su lugar Ixtlilxochitl, príncipe que había acompañado á los castellanos desde que dejaron á Texcoco, que estuvo á su lado durante todo el sitio y les prestó muy impor-

á someterse los de Xochimilco, pueblo principal en la ribera occidental del lago de su nombre; llegaron igualmente los broncos y bárbaros otomies, vasallos en parte y partidarios los demas de Ixtlilxochitl, desde que este príncipe alzó el estandarte de la rebelion: la amistad de estos pueblos importaba mucho, pues podían caer á retaguardia de los reales de Alvarado y de Sandoval. (1)

Las canoas de los méxica les prestaban importantes servicios, metiendo á la ciudad agua y víveres, trayendo socorros, combatiendo por los flancos á las columnas que se aventuraban sobre las calzadas. Los bergantines habían ya quemado muchas casas de los arrabales, y persiguiendo sin tregua los acalli, habían logrado que ninguno de estos pareciera de día; aprovechaban la noche para sus excursiones, aventurándose en la parte del lago no vigilada por las fustas. Con el fin de evitar aquel servicio de las canoas, los bergantines fueron distribuidos quedando siete en Xoloc, marchando cuatro al real de Alvarado y dos al de Sandoval. Durante los ataques por las calzadas protegerían las columnas de los asaltantes, mientras de noche cruzarían entre los reales, destruyendo ó apresando los acalli que á su paso encontrasen: para defenderse, los tenochca

tantos servicios, pues si por su ayuda no fuera, los blancos hubieran perecido. "Y "me espanta de Cortés, que siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tuvo en esta tierra, que despues de Dios, con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia del ni de sus hazañas y heroicos hechos siquiera á los escritores é historiadores para que no quedaran sepultados, ya que no se le dió ningun premio; sino que "antes lo que era suyo y de sus antepasados se le quitó, y no tan solamente esto, "sino áun las casas y unas pocas de tierras en que vivían sus descendientes, áun no "se las dejaron." Despues de esta queja, lección ejemplar, para cuantos ayuden al extranjero á esclavizar la patria, prosigue lamentándose del olvido en que fueron puestos los aculhua y sus relevantes servicios, conservando sólo la memoria de los tlaxcalteca, cuando estos robaron la tierra y fueron "los primeros destruidores de las historias de estas tierras."—Parécenos justas las quejas acerca del olvido de los servicios de Ixtlilxochitl, no obstante lo cual damos la preferencia á los dichos de Cortés en materia de los reyes intrusos de Aculhuacan; él les ponía de su mano y ninguno es mejor autoridad para saber lo que determinó en el caso.

(1) Cartas de Relac. pág. 252.—Presentacion de los otomies, martes once de Junio?—El gobernador, alcaldes y principales de Xochimilco pedían varias mercedes al rey de México á 20 de Mayo 1563, alegando los servicios prestados durante la conquista. Dieron para la toma de México doce mil guerreros, dos mil canoas y víveres en abundancia, sirviendo con sus hombres en las expediciones de Honduras y Guatemala, Pánuco y conquista de Xalisco por Nuño de Guzman. Colec. de documentos inéditos del Archivo de Indias, tom. XIII, pág. 293.

clavaban en el fondo de las aguas, gruesas estacas, sobre las cuales zabordaban ó venían á detenerse los bergantines, aunque todo ello no fué de gran provecho, pues desde estos días comenzaron á escasear los mantenimientos en Tenochtitlan. Los siete bergantines que en Xoloc quedaron, fueron reducidos á seis, el menor, nombrado el Busca Ruido, fué retirado por ser de poco sustento, repartiéndose la tripulación en los restantes, pues en ellos había más de veinte hombres mal heridos. De aquí, al fin del asedio sólo fueron doce fustas. (1)

Pasados algunos días en estas disposiciones, organizados los auxiliares, curados los muchos heridos, (2) Cortés repitió sus órdenes para dar nuevo asalto dentro de dos días. El señalado oyeron misa muy temprano los castellanos, asistiendo los indios con gran admiración de lo que veían hacer. (3) Como la vez primera, D. Hernando tomó el mando de las fuerzas, compuestas de quince ó veinte jinetes, trescientos peones, los dos tiros gruesos que le quedaban y los amigos "que era infinita gente." Ixtlilxochitl iba á su lado. Durante los tres días anteriores en que no había habido combates, los méxica tornaron á abrir los fosos, repararon con mayor fortaleza las albarradas, presentándose á defender las obras con su bravura y tenacidad acostumbradas. Los combates tuvieron lugar sucesivamente en los mismos sitios, como la vez anterior; flanqueados por los bergantines en la calzada, los tenochca cedieron una tras otra las

(1) Cartas de Relac. págs. 252—53.—Bernal Díaz, cap. CLI.

(2) "Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos departía, curábamos nuestros enfermos con aceite, é un soldado que se decía Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacía, y de presto sanaban; y así heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitania veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlaxcala, como veían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venían á él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar." Bernal Díaz, cap. CLI. ¡Curioso médico! También los indios curaban sus dolencias con cusalmos, palabras mágicas y encantamientos.

(3) Oviedo, Hist. de las Indias, lib. I, cap. XXXIII. cap. XXIV.—La indicación de los días en que había misa nos puede servir á veces para fijar con mayor exactitud las fechas pues señala los domingos ó alguna fiesta particular. En el presente caso, para este segundo asalto, podemos adoptar el domingo diez y seis de Junio.

cortaduras; perdieron igualmente los puentes de la calle de Itzta-palapan, replegándose por último á los edificios fuertes cuando los victoriosos castellanos penetraron en la plaza y en el teocalli mayor. No fué tan fácil aquel vencimiento, pues se verificó "con más trabajo y peligro que la otra vez."

D. Hernando mandó á la gente no pasara adelante, y mientras en todas direcciones la caballería, los infantes y los aliados sostenían rícos choques contra los habitantes de la ciudad, él al frente de diez mil amigos se ocupó en allanar las albarradas, cegar los fosos y calles de agua, hasta dejar expeditas y llanas las calles y la plaza: aunque los obreros eran tantos y eficazmente trabajaban, la labor no pudo estar concluida hasta hora de vísperas. El general esperaba que todas aquellas demostraciones quebrantaran el ánimo de Cuauhtemoc. "Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes, "y mostraban tanta determinación de morir ó defenderse, colegí de "ellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca ó ninguna de "la riqueza que nos habían tomado; y la otra que daban ocasión y "nos forzaban á que totalmente los destruyésemos." (1) Según propia confesión, Cortés estaba dispuesto á salvar la ciudad, si con ello lograba recoger el tesoro perdido; mas ya que de esto no había esperanza, resolvía asolarla para castigarla por su contumacia y rebeldía. En consecuencia y con determinación de infundir terror en los guerreros, aquella misma tarde empezó la destrucción sistemática de la población entera. Comenzaron los aliados á derrocar las casas principales, los teocalli y sus santuarios; púsose fuego al palacio de Axayacatl que de cuartel sirvió á los españoles, al edificio de junto ó gran casa de las aves y á las casas principales de las calles de la salida.

Cuando los edificios ardian y la ciudad estaba envuelta en humo y llamas, D. Hernando mandó tocar la retirada. Los méxica cargaron con ciega furia sobre la rezaga; á pesar de ir sostenida por la caballería y estar franca la calle, lo cual permitía á los jinetes mandados por el general hacer á salvo sus arremetidas, los guerreros no aflojaron un punto, cebando principalmente su rabia sobre los aliados. Gran sentimiento les causaba ver en las filas contrarias á los acolhua, á los xochimilca, chalca y otomíes, teniendo por grande

(1) Cartas de Relac. pág. 254.

afrenta verse combatidos dentro del mismo México, ya por los de Texcoco, aliados del imperio, amigos, parientes, sus hermanos por la raza y la lengua, ya por las demás tribus que habían sido sus súbditos y aun esclavos. Aborrecíanse recíprocamente más que á los blancos; denostábanse con palabras rencorosas. Ixtlilxochitl aparece el hombre más impío; entre los contrarios combatían su rey, su hermano, sus deudos, sus amigos de tribu: "y aún muchas veces aconteció estar Ixtlilxuchitl peleando con alguno de sus parientes, y desde las azoteas deshonrarle sus tios llamándole de traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba razon, mas Ixtlilxuchitl callaba y peleaba, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto." (1) Los esclavos mientras antes más abyectos, ahora se mostraban más insolentes; ellos y los tlaxcaltecas enseñaban á los méxica los pedazos de los cuerpos de sus guerreros, "diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro día, como de hecho lo hacían." (2) Así lo refiere friamente el conquistador, cuyo sentimiento de horror se había embotado en fuerza de consentir la repetición de aquella bárbara costumbre. Los bergantines quemaron de las casas cuántas á su alcance se pusieron: Alvarado y Sandoval penetraron por sus respectivas calzadas, causaron cuanto daño pudieron, retirándose en seguida á sus reales. (3)

Al día siguiente, (4) después de haber oído misa muy temprano, los castellanos repitieron el asalto; mas por muy temprano que se levantaron ya los tenochca estaban esperando tras las trincheras y los fosos, vueltos á abrir y reparar durante la noche, en los dos tercios del trayecto destruido el día anterior. Ganar aún las posiciones les costó combatir desde las ocho de la mañana hasta después de la una de la tarde, agotando en el combate el almacén de saetas y balas. "Y crea V. M. que era sin comparación el peligro, en que nos viamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, por-

(1) Ixtlilxochitl, Relac. XIII, pág. 32. Dos páginas adelante asegura que en esta función de armas, Ixtlilxochitl mató delante de la puerta del templo mayor á un famoso capitán deudo suyo y le quitó una espada española.

(2) Cartas de Relac. pág. 256.

(3) Cartas de Relac. págs. 253—56.—Bernal Díaz, cap. CLI.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIX.—Torquemada, lib. IV cap. XCII.—Ixtlilxochitl, págs. 30—32.

(4) Lunes diez y siete de Junio?

"que para ganallas era forzado echarse á nado los españoles, y pasar de la otra parte; y esto no podían ni osaban hacer muchos, porque á cuchilladas y á botes de lanza resistían los enemigos que no saliesen de la otra parte." (1) Durante la tarde los aliados destruyeron las obras y taparon las cortaduras; D. Hernando tomó por la calle de Tlacopan, ganó dos puentes los cuales quedaron cegados, así como fueron quemadas muchas y buenas casas. Sonó la hora de la retirada: en aquel punto redoblaban su empuje los méxica, arrojándose sobre los asaltantes con denuedo sin igual. En balde eran para contenerlos la artillería, las ballestas, ni los arcabuces; la caballería hacía sus arremetidas sacrificando á los valientes de las primeras filas, sin que su ardor se mitigase; "y cierto verlo era cosa de admiración, porque por más notorio que les era el mal y daño que el retraer de nosotros recibían, no dejaban de nos seguir hasta nos ver salidos de la ciudad." (2) Alvarado y Sandoval embistieron por sus calzadas, logrando algunas ventajas.

Los chinampaneca ó moradores de los pueblos de Huitzilopochco, Mexicatzinco, Mizquic y Cuitlahuac, y los de Itztapalapan y Culhuacan, eran de comun molestados por los de Chalco y sus amigos de la otra parte de las vertientes de las montañas; situados en la parte Sur de los lagos, ayudaban en secreto á Tenochtitlan metiendo víveres en sus acalli. Por este tiempo, ya para librarse de las vejaciones de los chalca y de los acolhua, ya más bien porque veían pujantes y poderosos á los blancos, vinieron á dar la obediencia á Cortés; recibióles éste con agrado, perdonándoles que tan tarde se hubiesen reconocido sus vasallos y para que probasen ser cierta su amistad, les pidió trajesen al real el mayor número de guerreros y de canoas que pudiesen, y labrasen casas en el real de Xoloc en donde se abrigase la guarnición. Lo primero ejecutaron en seguida; para lo segundo fabricaron habitaciones á ambos lados de la calzada, dejando en medio amplia calle para el tránsito, siendo capaces para aposentar más de dos mil personas, entre castellanos é indios que componían la guarnición permanente del fuerte, pues el grueso del ejército se albergaba en Coyohuacan. (3) Fueron los últimos

(1) Cartas de Relac. pág. 257.

(2) Cartas de Relac. pág. 258.

(3) Cartas de Relac. pág. 259.—Torquemada, lib. IV, cap. CXII.

pueblos que abandonaron á México, no quedando ya ningun otro; su defeccion trajo la abundancia al campo español, é hizo recrecer el hambre en la ciudad, ya que las canoas de aquellos pueblos ayudaban á los bergantines á vigilar los lagos.

Aquellos riberanos unieron la felonía á la traicion. Los principales de aquellos pueblos vinieron á la presencia de Cuauhtemoc ofreciéndose á concurrir á la defensa de la ciudad; admitió el rey el comedimiento, dándoles dones en señal de amistad y diciéndoles: "Señores nuestros y amigos nuestros, pues que así quereis hacernos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os mandará el maese de campo, y peleád varonilmente." Llevados al lugar que se les señaló, aparentaron al principio pelear contra los aliados; mas de improviso volvieron sus armas contra los tenochca, matando á los hombres que se defendían, maniatando á las mujeres y á los niños, para meterlos en los acalli y llevarlos por esclavos. Dieron voces los sorprendidos, acudieron los capitanes azteca con los guerreros, cayeron sobre los felones, matando á unos, cautivando á otros, poniendo en fuga á los demas, quitándoles el despojo y presa. "Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogieron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros, y esperaban que el negocio fuese más adelante por descansar y re- pararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen." Los chinampaneca prisioneros fueron conducidos á Xacaculco (1) en donde estaba Cuauhtemoc y Macehuatzin señor de Cuitlahuac; éste afeó ágricamente á sus vasallos la negra traicion, cortó la cabeza por su propia mano á cuatro de los principales, entregó otros cuatro á Cuauhtemoc para que ejecutase la misma justicia, dando los demas á los sacerdotes para que los sacrificasen á los dioses en los templos de México y de Tlaltelolco. (2)

Pasaron los dias siguientes (3) en incesante batallar. Por el dia entraban los castellanos, ganaban las puentes, tomaban la plaza, penetraban por algunas calles de la ciudad, quemaban y destruían los edificios, mataban á cuantos guerreros se podía, y allanando los

(1) En donde hoy la iglesia de Santa Ana.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIV.—Torquemada, lib. IV, cap. CXIII.

(3) A la cuenta que ajustamos, del martes diez y ocho al viénes veintiuno de Junio?

fosos se retiraban hácia la tarde á su campamento. Los tenochca durante la noche abrían de nuevo las cortaduras, reparaban las albarradas, limpiaban los canales, estando listos al amanecer del dia siguiente para defender de nuevo las trincheras: siempre desbaratados, pero nunca vencidos, defendían los escombros humeantes de las casas, y al retirarse los blancos cargaban bravíos y tenaces, sin importarles nada dejar la vida si podían causar un leve daño. De hierro nos parecen los castellanos en el pelear; mas en verdad que los tenochca no resultan de materia blanda.

Llama la atencion aquel hacer y deshacer continuo, semejante al tejer y destejer de la tela de Penélope. D. Hernando lo explica diciendo, que para obrar de manera contraria se requerían dos cosas: "ó que el real pasáramos allí á la plaza y circuito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiera gran peligro, y no había posibilidad para ello; porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos, y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incompetable, y podían darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podía sufrir poner gente en guarda de ellas, y á esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que entrábamos en la ciudad." (1)

En tanto los tenochca estaban condenados á la vida más fatigosa. Combatidos por tres puntos á la vez, habían tenido que subdividir sus fuerzas, peleando durante el dia, reparando las obras y fortificándose durante la noche; no tenían tregua ni descanso. En aquella guerra á pierde gente, en que la idea capital era la destruccion, las pérdidas de los tenochca eran irreparables, miéntras los blancos con poca pérdida de su sangre aumentaban á contento el número de los aliados. El hambre hacía recrecer las penas en la ciudad. Aunque se habían hecho considerables acopios de víveres, y al principio introducían agua y mantenimientos los acalli de los pueblos del lago, la defeccion de éstos dejó á los sitiados en completo apuro. Las canoas de los méxica intentaban llegar á la tierra firme; mas los vigilantes cruceros de los blancos las perseguían sin des-

(1) Cartas de Relac. pág. 257.

canso, de manera que, "no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas." (1)

Los nautas tenochca ponían en práctica cuanto les sugería la astucia á fin de burlar á sus contrarios. Una vez pusieron en celada, encubiertas entre unos carrizales, treinta grandes canoas é hincaron grandes estacas en el fondo del lago; dos pequeños acalli cargados, haciendo como que se recataban, se dejaron descubrir y dar caza por dos fustas del crucero, huyendo en direccion del carrizal; al entrar los bergantines entre las estacas zabordaron y no pudieron moverse; salieron de la celada los guerreros, saltaron el abordaje, hirieron ó mataron á los tripulantes, pereciendo el capitán Portillo y quedando tan gravemente lastimado Pedro Barba, que á los tres días murió. Las dos naves pertenecían al real de Cortés, y éste recibió por ello gran pesar. La pequeña ventaja la pagaron caro. Dias despues, informado el general de que los méxica habían puesto otra celada como la anterior, hizo ocultar seis bergantines entre los carrizales; como en la vez anterior, las dos canoas que servían de señuelo se fueron huyendo de la nave que les daba caza, retirándose hacia el lugar de la celada: acercóse la fusta y dando muestras de temor dió la vuelta; creyendo el lance seguro se descubrieron las canoas emboscadas lanzándose sobre el bergantin, el cual parecía ir huyendo; de improviso aparecieron las seis naos ocultas, y cargando todas sobre los tenochca trastornaron ó rompieron los acalli, prendiendo muchos guerreros. (2)

Los diarios asaltos á la ciudad, la destruccion operada en los edificios, obligó á los tenochca á abandonar la parte Sur, retirándose á la línea de las calles que conducían á Tlatelolco: en este barrio se refugiaron multitud de mujeres y de niños, quienes penetraron con llanto y quejas pidiendo hospitalidad. De buena gana se la concedieron los tlátilulca, los consolaron, acariciaron y aposentaron, prometiéndoles serían en su defensa y amparo. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLI.

(3) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.

CAPITULO VII.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Ataques de Pedro de Alvarado.—Se establece en la ciudad.—Escaramuzas.—Tlatelolco.—Refriegas en Tlatelolco.—Tlapanecatl.—Derrota de Alvarado.—Asalto general.—Derrota de los castellanos.—Peligro de Cortés.—Retirada al real.—Combates en el campo de Alvarado.—Regocijo de los méxica.—Recobran gran parte de lo perdido en la ciudad.—Desercion de algunos aliados.—Expedicion de Andrés de Tapia contra Malinalco.—Combates.—Accion valiente de Chichimecateculi.—Vuelven al campo los aliados huidos.—Negociaciones de paz.—Deséchalas Cuauhtemoc.—Combate en respuesta.—Expedicion contra los matlatzinca.—Anécdota.—Sumision de las provincias.—Refuerzo.

III calli 1521. En la última entrada había en el real de Xoloc más de cien mil aliados: dispuso el general que cuatro bergantines con hasta mil quinientas canoas fueran por un lado de la calzada, mientras por el otro lado irían las otras tres fustas con otros mil quinientos acalli, con orden de correr el contorno de la ciudad á fin de quemar las casas y hacer cuanto daño pudiesen, cosa que